



SUMARIO

CARLOS MIRANDA

[De parranda.

EDUARDO ZAMACOIS

Lo incomparable.

JOAQUIN ESTRADA

Don Procopio en Madrid.

ALFONSO HERNÁNDEZ-CATA

Erótica.

EL CONFESONARIO

Artículos de **ADELA LULÚ**

Y **CELITA**

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

El agua bendita.

GONZALO CANTÓ

Fuera caretas.

JACINTO CARMÍN

Nuestras cocotas.

PEPE ONTIVEROS

Mis aventuras amorosas.

TOVAR, EMILIO, MATEOS, CALINEZ
y **ALFONSO**

¡Caricaturas y retratos de Josefina Chimenti, Adelta Lulú, Rosarito Lobo, Celita y otros dibujos.



JOSEFINA CHIMENTI

Hermosa artista de varietés
que realiza una brillante campaña por provincias.

5 cénts.



Tres días llevo en cama, ¡y lo que cuelga!...
Por consiguiente, ¡me declaro en huelga!

Mis queridos compañeros
 Gómez-Hidalgo y Lezama:
 Llevo tres días enteros
 sin menearme de la cama.



¿Con quién? Con una señora
 calentura de primera:
 fiebre tan abrasadora,
 que me hace arder la sesera.



¿De qué me ha servido, pues,
 renunciar á los placeres
 que nos brindan con el mes
 de Febrero las mujeres?



¿De qué me ha servido no ir
 ni á un baile de Carnaval,
 si me había de venir
 en la Cuaresma este mal?



¿De qué me ha servido ser
 casto y puro en esas horas,
 en que las mismas señoras
 nos incitan al placer?



¿De qué me ha servido obrar
 como hombre honesto, si con
 esto del calenturón
 me tengo que jorobar?



¿De qué me ha servido, en fin,
 llevar la vida de un fraile
 y, aburriéndome de esplín
 en mi celda, no ir á un baile?...



Si esos alardes austeros
 me hubieran servido de algo,
 bien, queridos compañeros
 Lezama y Gómez-Hidalgo.



Mas (como llevo en la cama
 tres días, ¡y lo que cuelga!)
 justo es, Hidalgo y Lezama,
 que me declare hoy en huelga.



¿Quién hace versos ahora,
 si no me puedo menear;
 por causa de esta señora
 que me quiere jorobar?



¿Quién, con una calentura
 de cuarenta grados, hace
 coplas, y á la sepultura
 se va y... *requiescat in pace?*



Si hace tres días no salgo,
 ¡pobre de mí!, de la cama,
 ¿qué he de hacer, Gómez-Hidalgo?
 ¿de qué voy á hablar, Lezama?...



Perdonadme que no escriba,
 pues, *vuestro* Carlos Miranda;
 y si deseáis que viva...
 ¡no le hagáis ir «de parranda»!



Permitidle que, al calor
 del lecho, se restablezca,
 ¡para que el numen le *crezca*
 cuanto más pronto mejor!



Que sí que me crecerá,
 pues—sudando cual un pollo—
 mi cabeza logrará
 su pristino desarrollo.



La desgraciada hoy no tiene
 chirumen, ni le conviene
 dedicarse á la poesía...
 Perdón, ¡y á ver si me viene
 la inspiración otro día!!

Carlos Miranda

LO INCONFESABLE

FUE una de esas conversaciones inolvidables, apasionadas, vibrantes, cuasi trágicas, que la emoción parece grabar en las circonvoluciones del cerebro á golpe de martillo y de cincel.

Hablaban de amor; de los que se casan por cariño ó por interés, de los hombres que traicionan á sus mujeres, de las esposas que burlan á sus maridos... Esta última variante del diálogo sugestionó la atención de Pablo; su turbulento corazón de macho enamorado y celoso fué exaltándose, y tras algunas pleguerías y circunloquios retóricos con que procuró velar la salvaje vehemencia de sus sentimientos, exclamó:

—Dime, ¿tú serías capaz de engañarme alguna vez?...

Ella, riendo, le echó los brazos al cuello.

—¡Yo, engañarte yo!... — exclamó; —¿has perdido el juicio?...

El hizo un gesto vago de hombre experto á quien el mundo enseñó á dudar de todo.

—¡Oh, no te rías! — exclamó; — la vida ofrece miriadas de peligros que una locuela como tú no puede prever, y lazos y añagazas sin número... No, no creas que pongo puertas á tu virtud... Pero repara en que si alambicásemos la historia íntima de los mejores matrimonios, tal vez hallásemos en todos ellos algún secreto horrible; un capítulo inconfesable, una de esas páginas que no pueden leerse sin rubor... No, Fernanda, todo no se sabe... Hay muchos adulterios que se conocen, pero también hay otros que quedan ignorados perpetuamente, crímenes fortuitos, sin poesía y sin fecha, cuyo afrentoso secreto baja al sepulcro con los criminales.

Luego, agregó anhelando obtener un juramento, una promesa, algo en fin, que aquietase aquella roedora començon de su espíritu.

—Responde, Fernanda; si andando los años la fatalidad te colocase en una de esas situaciones supremas en que casi siempre el deber parece á manos de la fuerza, ¿me lo dirías? ¿Tendrías valor para decírmelo?...

Hubo una pausa; y ella, cuyo espíritu inocente se mecía muy lejos de los siniestros linderos de lo inconfesable, murmuró con ese valor temerario de los niños:

—Sí, lo diré todo...; te lo juro...



Mucho tiempo después, Fernanda llegaba



—¡Rediéz! Este tiene más pelo que el de casa!

al apogeo de su vida y de su belleza: alta, gruesa y majestuosa como una deidad pagana, con pomposas caderas desarrolladas por la maternidad, y grandes ojos negros de mujer ardiente.

Hasta entonces Fernanda, tanto por cariño como por costumbre, no tuvo secretos para su marido; había hecho de él su madre, su confesor, hasta que una vez... recibió el mazazo de lo inconfesable, de lo que no puede decirse.

Carmen Godoy, la mejor amiga de Fernanda, tenía un amante á quien sólo veía de tarde en tarde y á trueque de innúmeros azares, y necesitaba una compañera que la sirviese, ante su familia, de pretexto y escudo de salidas. Aquel asunto, los dos amantes lo discutieron minuciosamente, y convinieron en que Fernanda era la única mujer que, por

ofrezcan para ella algún atractivo, yo llevaré cualquier muchacho simpático...

Carmen Godoy, que conocía la virtud austera y sin mácula de la joven, empezó á santiguarse.

—Ca, no digas tonterías, no la conoces; Fernanda es incapaz...

—¡Oh, quién sabe!...

—Quiere mucho á su marido...

Pero él continuó refutando victoriosamente aquellas objeciones: era preciso ser egoísta para triunfar; Fernanda podía cansarse de ayudarles, ó reñir con ellos, en cuyo caso quedaban á merced suya: convenía, por tanto, tenderla un lazo; de este modo las dos lucharían juntas movidas por el mismo interés, y el cuerpo de una garantizaría la salud de la otra.

Carmen Godoy empezó á ejecutar hábilmente todo aquel plan; refirió á su amiga los secretos, pormenores de su pasión, se apoderó de su alma, la conmovió, la hizo llorar... y obtuvo cuanto quiso. Fernanda se ofreció á ayudarla: en realidad, ella también deseaba estudiar por sí misma aquel mundo de los amores criminales que sólo conocía de referencias. Luego vió al amante de Carmen, y le pareció simpático, muy galán y muy guapo... Y de este modo, la inocente casada iba abandonándose insensiblemente por la pendiente seductora de lo prohibido.

A los pocos meses de vivir en esta intimidad los tres eran muy buenos compañeros; y entre tanto Pablo no sabía nada, porque Fernanda no quiso amargar aquellas escapatorias rompiendo el encanto del misterio.

El desenlace de aquel enredo preparado con tanta calma y tan diestramente, llegó de pronto.

—Mañana por la tarde—dijo Carmen Godoy á su amiga—, iremos Claudio y yo á mendar en La Bombilla; probablemente nos acompañará un amigo suyo y, como supondrás, yo me aburriré horrorosamente. ¿Quieres venir?...

Fernanda vacilaba.

—No seas perezosa—insistió Carmen—; iremos mucho, bailaremos y luego, al atardecer, á casa. ¿Qué te detiene?

Aquello, en efecto, dicho así, no era grave; y Fernanda prometió ir... y fué...

Julián, el amigo de Claudio, era muy ladino, habilísimo conversador, buen bailarín: hablaron mucho, bebieron copiosamente... Desde los primeros momentos Fernanda sintió que algo invisible la agarrotaba las manos y los pies, y empezó á perder la confianza en sí misma... Se ahogaba; en aquel gabinete tan perversamente aparejado para el amor, no había bastante aire respirable... A



—Voy á presentar una demanda pidiendo indemnización contra los periódicos.

—¿Por qué, chica?

—Pues porque desde que han dicho eso de las ostras, no me visitan ni el duque ni el general.

su reserva y varonil discreción, podía ayudarles.

—Tú la confiesas nuestro secreto sin ambages—dijo él—y conmuévela describiendo nuestro cariño, los obstáculos que nos separan, tus sufrimientos... Di también que lo único que solicitamos de su amistad es que te acompañe alguna que otra vez...

Y prosiguió sonriendo con gesto burlón:

—Más adelante, á fin de que estos paseos

los postres Carmen y Claudio se besaban sin reserva, y Julián, sentado junto á ella, la hablaba apasionadamente... Fernanda, entontecida por los primeros vahos de la borrachera, se arrojó entre los brazos de su amiga:

—¡Por Dios—decía so lozando—no me abandones, no me dejes sola, sácame de aquí!

Ella ignoraba que las mejores páginas de las novelas amorosas las escribe el Destino así, muy deprisa. Luego ella y Julián salieron al patio á bailar; el aire cálido de aquella tarde de Junio

y los rayos caliginosos del sol concluyeron de trastornarla.

Él, entre tanto, mientras la llevaba siguiendo el ritmo marcado por el pianillo de manubrio, la requebraba de amores; y ella, con la enloquecida cabeza apoyada en su hombro, le escuchaba medio dormida, sin comprender...

Cuando volvieron al gabinete, la joven apenas podía moverse. Estaba idiotizada.

—Quéden-se ustedes aquí—dijo Carmen— Claudio y yo nos vamos á bailar.

Fernanda hizo un gesto desesperado, llamando á su amiga; pero Julián cerró violentamente la puerta, y ella se encontró á merced de la *bestia humana*; una bestia encelada, terrible, que hablaba de amor...



¡No, jamás tornó á ver al hombre que en un momento de embriaguez la robó la honra y el sosiego!... Pero aunque fué frágil contra su deseo y la fuerza disculpaba su caída, Fernanda, batallando á solas con su remordimiento, no podía disculparse.

¡Ya no era la misma! Había ocurrido algo enorme, lo ignorado, ¡lo inconfesable!... Entonces, recordando la promesa que un día hizo de decírselo todo á su marido, quiso revelar también aquello, para dar treguas á su delirante obsesión, y no pudo; un frío mortal paralizaba su lengua; los conceptos se cristalizaban en el cerebro... Estaba delante de lo incomunicable; de lo que no puede decirse, de lo que nadie sabe decir...

Y muchos años después, cuando las tres

DE NUESTRO REDACTOR EN MELILLA



EL REPORTER.—¿Conque la señorita es la que estuvo expuesta noches pasadas á ser raptada por un moro enemigo?

BHENI-TOK-MLA.—Sí; pero ésta tiene mucha resistencia y como el raptor parece que no venía muy bien armado, no pudo cargársela y huir.

únicas personas poseedoras de aquel secreto habían muerto, Fernanda, ya vieja, aún no estaba curada de su remordimiento. La costumbre de fingir la tornó pusilánime, suspicaz y recelosa; temía que algún accidente imprevisto revelase el criminal misterio de su vida, y cuando su marido la miraba fijamente, ó cuando veía á su hija engalanarse para ir al baile, la pobre madre, condenada voluntariamente al obscuro papel de hembra pasiva, bajaba los ojos confusa, pensando:

—¡Dios mío... si lo supieran!...

Eduardo Zamacois.

DON PROCOPIO EN MADRID

I



ALLÁ, en su pueblo, oculto en la gris y apaisada llanura manchega, era don Buenaventura todo un hombre serio. Oía misa los domingos y jugaba al tute hasta las diez, hora en que se marchaba á casita en compañía de doña Gertrudis, su esposa

UN CUENTO VIEJO



—Figúrate que estando en plena mar, el capitán del buque me dijo que ó era suya ó echaba el barco á pique.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Salvar la tripulación y el pasaje.

desde que, por falta de otra cosa mejor que hacer, decidió casarse.

No había tenido D. Buenaventura otros amores que los de su esposa y su cocinera, una recia mozanca que olía á aceite frito y

llevaba refajos encarnados y un ajustado y tétrico corpiño ciñendo los senos, duros todo el año y blancos en el verano, cuando bajaba á bañarse al río.

Pero un día D. Buenaventura se vió metido en el tren correo en compañía de una levita prehistórica, camino de Madrid, á donde iba en comisión para obtener del diputado una carretera y algunas otras mejoras de que andaba necesitado el pueblo aquel, perdido en la soledosa y apaisada llanura manchega.

II

Ya en Madrid, instalado en la fonda excéntrica y oscura, quiso don Buenaventura darse un paseito por la corte. Anduvo mucho, y al fin, cansado y aturdido, dió con su cuerpo en la cervecería de Candelas y con su mala suerte en el turno de Juanita, la más chula y sugestiva de cuantas muchachas sirven en los cafés sonrisas y cervezas. La consabida frase de «¿Qué va usted á tomar?», dicha con alardes de gracia picaresca, dió al traste con la seriedad de nuestro hombre, que allí se pasó la tarde, colorado y nervioso, con esa intranquilidad peculiar de los paletos ante una madrileña guapa y taconeadora.

Por la noche, terminada la cena, fuere á un cine. Allí oyó cantar cuplés, y una chiquilla rubia, á quien el público pedía «teti-ta» con más asiduidad que un mamoncillo de seis meses, la señaló varias veces al cantar aquello de

*Me gustan á mí mucho los bigotes
sobre todo cuando son así
como aquellos del señor de allí.*

Y á D. Buenaventura, efectivamente, se le ponían cada vez más tiesos los bigotes, de ordinario lacios y alicaídos, por falta del cultivo de unas manitas atrevidas y cosquillosas de mujer. Para fin de fiesta cantaron «la pulga», y nuestro hombre creyó que si la pulga venía á manos de Angelita Easo, á él le venía... el fin de la existencia, por lo menos.

Cuando Angelita se quitó el coquetón salto de cama con la misma facilidad con que, según dice un amigo, les quita la cabeza á los hombres, D. Buenaventura no podía más. ¡Aquello era un disloque de gasas, de lazos, de encajes, de cosas más para vistas que para descritas y aún más para tocadas que para vistas! ¡Qué morbideces, virgen de

las Angustias... de cualquier armado caballero de la orden de las docel ¡Qué piernas, ceñidas por la malla y divinamente curvadas! ¡Qué senos, tan atrevidos y desbordados, que D. Buenaventura se sonreía de los desbordamientos del Guadalquivir! ¡Qué mujer... y qué calor!

Terminó la sección y nuestro hombre salió á la calle en un estado tan lamentable, que mal lo disimulaba el gabán abotonado de arriba á abajo. Al azar, cruzando calles y calles, aventuróse por la de Jacometrezo. Estaba en todo su apogeo la invasión de *pa-seantas*, y D. Buenaventura se vió asediado por niñas provocativas y cariñosas que le llamaban «rico» y «guapo», y que á la luz de las lamparillas podían tomarse, con un poco de buena voluntad, por princesas venidas á menos.

Y D. Buenaventura se dejó llevar por una de ellas, insinuante y pizpireta, que se empeñó en que le tocara los pechos y le dijo que era modelo de un pintor.

El portal, amable y discreto, de una casa para descansar, acogió á la pareja con su gesto bonachón...

III

D. Buenaventura volvió al pueblo. Y á los pocos días empezó á notar ciertos ardores, harto significativos, que al fin tuvo que consultar á su amigo el médico...

Y hoy, cuando encerrado en el último cuarto de la casa utiliza jeringuillas y soluciones de permanganato, D. Buenaventura siente que los recuerdos de Madrid le atormentan y una lágrima furtiva sale á sus ojos y va á caer, silenciosa, en el paquete del algodón hidrófilo...

Joaquin Estrada



EROTICA

I

En el etrusco vaso cincelado
el século y el chipre y el falerno,
á Marco Antonio, el luchador eterno,
impúdica Cleopatra le ha brindado;
y él, contra sus hechizos preparado,
al ver en sus pupilas un infierno,
mira absorto sus formas, con interno
afán de no encontrar lo ya soñado.
Besan las crenchas de la reina impura,
su espalda escultural y su hermosura;

prométenle gozar dichas sin nombre,
y ante aquella lujúrica figura,
pletórica de amor y de frescura,
muere el emperador y surge el hombre.

II

Si por arte maléfico, encarnado
en tu ser Mefistófeles viviera,
y de mi alma en cambio me ofreciera
gozar de los encantos que te ha dado,

FIDELIDAD INFANTIL



La abuelita. —¿Por qué pegas á Luisita?

El niño. —Yo no la pego. Es que quiere que juegue con su conejo, y yo no quiero jugar nada más que con el de la Enriqueta.

te juro que le diera alborozado
no una, ni dos, mil almas que tuviera;
sintiéndome orgulloso de que fuera,
en el cambio, Satán el engañado,
Prefiero, á la otra vida venturosa,
el néctar que en tu boca purpurea;
quiero gozar tu imagen primorosa
y estrechar tu cintura de Medea,
aunque muera después cual mariposa
en el nimbo de luz que te rodea.

Alfonso Hernández Catá.



El confesionario

ADELA LULÚ

SER madrileña, haber nacido en la mismísima calle del Salitre, tener pocos años y el palmito... «adjunto», díganme ustedes si no son elementos más que bastantes para haber hecho alguna que otra conquistilla por esos mundos...

Ahora, que mis recuerdos, un poco atropellados, se confunden. No sé «narrar», como dicen ustedes los escritores. Mi primer amor, es decir, el primer hombre que me interesó algo, no era hombre. No se alarmen ustedes. Quiero decir que fué cuando yo era muy chiquita todavía, y que él era un muchacho, un niño casi, como yo.

Fué un amor romántico, en el que todo era sentimiento, y que como todo lo que no debe durar, no duró. Sus padres se enteraron de su pasión; les pareció mal, indudablemente, y decidieron cortársela.

Y ya sin ella él, ¿cómo iba yo á quererle? Se fué al extranjero... y apenas si de aquello me queda á mí el recuerdo.

Siendo artista, ¡figúrense ustedes si me habrán ocurrido cosas! Pero miren ustedes qué casualidad: casi siempre mis adoradores son casados.

La verdad es que yo no podré decir que por mí se ha suicidado nadie, como cuentan que les ha ocurrido otras compañeras; pero divorcios y cosas de esas, ya lo creo que tengo á mi costa.

En Barcelona, precisamente, un fabricante de paños se prendó de mí con tanto calor, que porque un día le dije que «era muy rico, que lo que quería era burlarse de mí y que yo no estaba por ello», el hombre fué é incendió su fábrica. ¡Si me querría con calor!

En Sevilla, en Bilbao, en... ¡la mar de sitios!, me han ocurrido aventuras por el estilo.

No hace mucho, en Galicia tropecé con un portugués de los que ahora están desterrados, al cual había yo conocido en Oporto, hace algún tiempo, y el hombre, casado, con un montón de hijos, y por todos estilos en condiciones de ser formal, porque le dije que «no quería nada con los hombres casados», ¡pim pam pum!, fué y se divorció. ¡Habría primo!

¡Qué cartas me escribía! Si no temiera molestar á los lectores de LA HOJA dando á este escrito demasiada extensión, copiaría alguna. Yo no he visto nunca una pasión por el estilo. Es decir, sí. Recuerdo otro individuo, aragonés de nacimiento, que «me hizo reír las tripas».

¡Qué hombre, santo Dios! Era moreno y no era feo...; pero ¡más pesado! Una vez le dije que á mí me gustaban los hombres rubios, y fué y se tiñó el pelo con no sé qué diablos. Otra...

¡Y mire usted que á mí hombres rubios! Morenos me los dé Dios; los rubios casi to-



ADELITA LULÚ

Que actualmente oye muchos aplausos en el Trianon Palace.

¡Y mire usted que á mí hombres rubios! Morenos me los dé Dios; los rubios casi to-

sualidad por la sexualidad? La *Matildona* tuvo el mejor Museo de cuadros vivos de la corte donde el de menos mérito tenía la belleza del marco. No enfadarse, honradas esposas, que, pasado el momento de la visita, siempre salís ganando en la comparación.

Tened en cuenta que vuestra cabeza se muestra erguida buscando la línea vertical, ó sea la que indica el punto más alto del cielo, suponiéndolo esférico, y que á ellas las llaman *horizontales*.

Perdonad tanta digresión; pero lo requiere (para dar algo de variedad) el tratar un solo asunto veinte veces.

Voy á explicar el por qué no pagué á Lulú el precio estipulado.

Cuando más creído estaba en que sus caricias eran sinceras y más las necesitaba yo, me dió un ruido en la mesilla de noche. Miré hacia la misma, y ví la causa que lo producía. Lulú estaba redoblado con sus finos dedos el paso-doble del *Tambor de Granaderos*.

Esto me demostró que su imaginación estaba muy lejos del acto que automáticamente estaba realizando.

Como es natural, antes de llegar á la *Marcha real*, ó sea al momento de *la jura*, imité á la Brú y á la Pretel, y si bien no rompí la espada como ellas hacían en la cita la zarzuela cuando cantaban con versos de Sánchez Pastor y música de Chapí aquello de:

*Yo no beso ni juro esa infamia,
de la Patria ignominia y baldón»,*

escena de la perrita con la frase que tan grabada me quedó:

—¡Un saltito por el Sr. Ontiveros! ¡Otro saltito por el Sr. Ontiveros!

EN LOS BAILES DE MÁSCARAS

Nunca supe su nombre verdadero ni me preocupó ¿Qué más da?

Lulú la llamaban y así la llamé.

La conocí en una casa con luz eléctrica en todos los pisos, elegancia en todos los departamentos, aseo en todas partes (hasta en las húmedas), sonrisa en todos los labios, belleza en todas las caras y amabilidad hasta en las alfombras, si el que las pisaba no le daba medises sue'as.

Vivía por el placer y para el placer. Tenía y debe tener un palmito que para sí quisieran muchas bellezas de concurso. Algo así como Conchita Ledesma con algo de la gracia que derrocha Julita Fons y sus *miajias del trapio* que nunca me cansé de admirar en

*«La de los claveles dobles,
la del manojito de rosas,
la de la falda de céfiro
y el pañuelo de crespón.»*

Esa tontería de artista y de mujer que se llama todavía para desesperación de las personas de buen gusto que, como yo, sufren por no verla aunque sólo sea en escena, Isabel Brú.

¡Vaya cardo! ¡Vaya calor!

Y vaya un frío que me entró cuando me dió

calabazas después de esmerarme en escribir un cuento pastoril dedicado á ella, en el que trataba de pintar el amor que despertó en mi corazón todavía tocado de romanticismo.

Ahora me alegro que no me hiciera caso, y lo mismo digo de todas las artistas.

Soy egoísta y celoso, y sufriría horriblemente si tuviera que autorizar que una mujer de mi gusto y de mi propiedad luciera en público encantos que, aun velados con una malla, levantan el espíritu más decaído y exponen al propietario á perder la mujer ó la dignidad, aunque sólo sea en apariencia.

¡Cuántos maridos han hecho el ridículo sin sospecharlo ni dar su mujer motivos!

No hace mucho, un Gobernador (cuyo nombre siento no recordar) recogió unas fotografías y procesó á los culpables, en las cuales aparecían cuerpos desnudos de ramera, á los que habían colocado caras de artistas conocidas. Si á esto añadían algo, porque el desnudo y la mixtificación estaba tan bien hecha como los duros sevillanos, pongo por caso, el más listo se *tragaba el paquete* de que el marido de la tiple *tal ó cual* merecía un cencerro.

Ya que trato de esto, diré otra infamia mayor.

Una de esas que, sin llevar los *picos pardos* (antiguo distintivo de las mujeres públicas), se sabe lo que son, me afirmó confidencialmente que, aprovechando su parecido con cierta artista popular, pasó por ella á media luz y media voz con un caballero que se marchó muy creído de que siempre que pudiera dar á cierta *dueña* un billete de 500 pesetas, usufructuaría los favo-

res más íntimos de aquella artista, que si miraba á su palco casualmente, le daba el significado de inteligencia, y si no lo hacía, juraba á sus amigos que era por disimular.

Y vuelvo á Lulú, que no tenía necesidad de ser sustituida.

Una noche, que me pareció estaba encaprichada conmigo, la pedí y la tuve como se podía tener y pedir en aquel local, por unas horas.

¡Una mujer de tanto mérito, puesta al nivel de un coche de punto! Resultaba su tarifa más elevada que la del *simón*; pero á mí me salió más barata, por no pagarle lo estipulado. Abusé de mi amistad con la dueña del local, que era y es tan simpática como popular, y tan abundante de carnes como de popularidad y simpatía. Con decir que se llama Matilde, y la llaman *Matildona*, creo que bastará para que los que no la conozcan se formen una idea de su persona en cuanto al físico.

En otro sentido, si el simpático Gómez-Hidalgo consiguiera de ella unas confianzas citando nombres propios de sus visitantes, en la mayoría de los matrimonios que tienen coche propio habría disgustos por infidelidades conyugales. Y, sin embargo, á mí me resulta la cosa más natural del mundo.

¿No visita todo el que tiene amor al Arte el Museo de Pinturas de esta corte? ¿No es el mejor del Globo? Pues si en éste se admira la belleza que, sin vida ni sentimiento propio, hace gozar al espíritu, ¿por qué no visitar el Museo de la belleza, que siente y vive para proporcionar á la materia el más refinado goce de la sen-

NUESTRAS COCOTAS

ROSARITO LOBO

DE sobremesa, en su cuartito cuco y elegante de la calle de Pelayo, Rosarito Lobo, sentada indolentemente y mirando cómo se pierde en el espacio el humo azul de su cigarro, me recuerda—esta vez para que yo se lo cuente al público—la historia infantil de su *caída*.

La Lobo sabe que esta leyenda es la leyenda de su vida, y siempre que la refiere, lo hace casi con las mismas frases, sencillas é ingenuas, con idénticas inflexiones de voz, procurando conservar el encanto de una anécdota dulce y sensual que la renueva...

—Nadie, nadie—me dice Rosarito, con una insistencia que me confunde un poco—, nadie, te puedo asegurar, tuvo nunca una imaginación tan predispuesta á lo irregular y á lo maravilloso como yo. Generalmente, el cerebro de las muchachas se exalta y se confunde leyendo novelas. Yo, no. De pequeña leí muchas, y te juro que ellas contribuyen á hacerme y á fortalecerme. Cuanto más fantásticas y más dramáticas y más terroríficas, más me «llegaban» y con más insistencia las leía. En cambio, las leyendas de amores plácidos me cansaban y las dejaba siempre sin terminar.

Una vez, hace unos siete años, sobre la mesa de despacho de mi papá, hallé un número de *Blanco y Negro* que publicaba dos ó tres retratos de un torero, famoso entonces, cuyo nombre ha vuelto á sonar estos días como una actualidad...

Yo no sé lo que pasó por mí. Te aseguro que loca, sin saber qué hacía, besé mil veces aquellos retratos. Aquél hombre, cuyo nom-

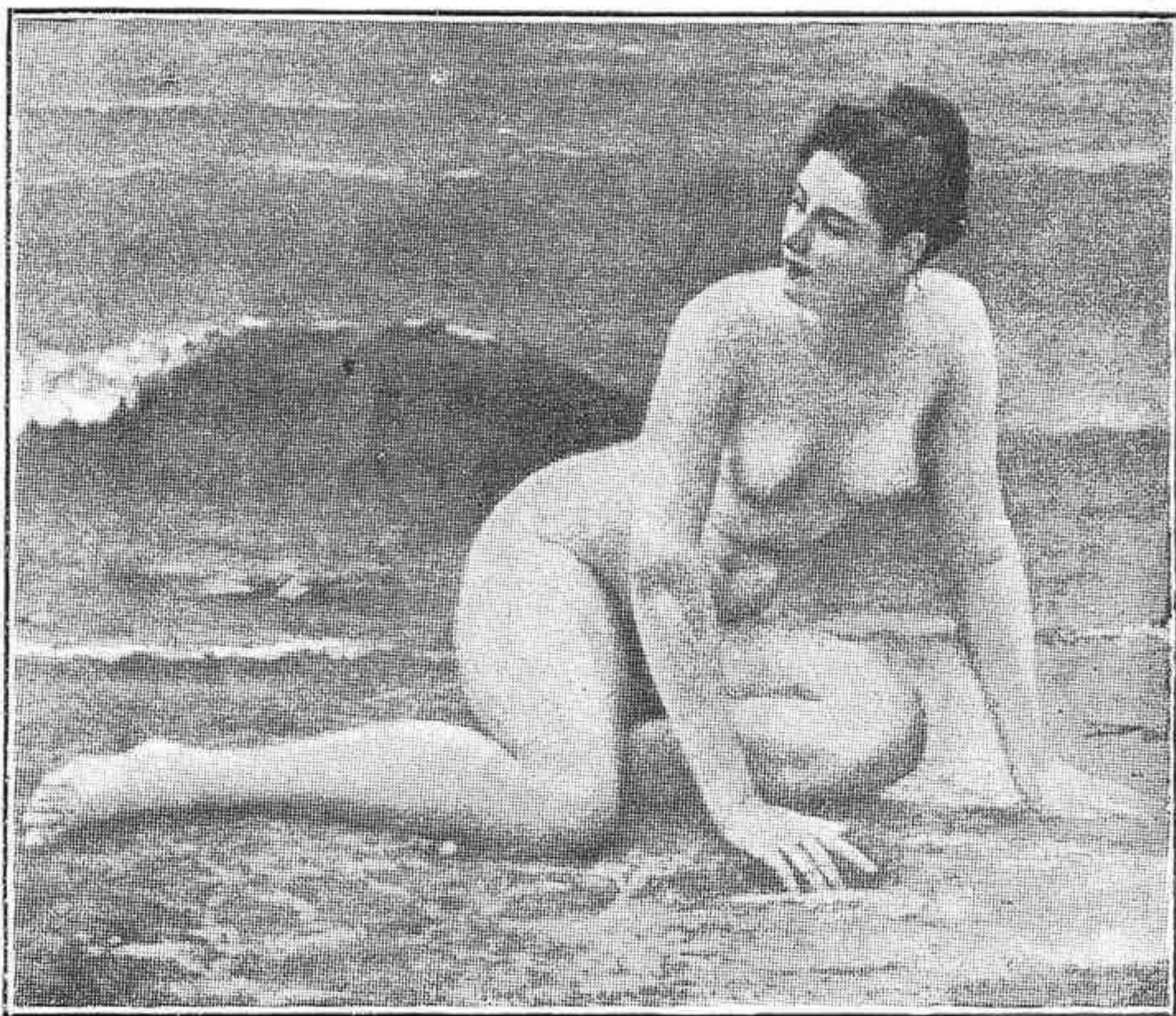
bre entonces yo no había oído nunca, era mi hombre, el que yo había soñado.

Desde aquél momento sólo pensé en ser suya, y tanto cavilé, que llegué á creérmelo, y cuando en el colegio mis amiguitas me preguntaban:

—Rosita, ¿cómo se llama tu novio?

Yo respondía sin vacilar:

—Se llama X, y decía el nombre de aquel



ROSARITO LOBO

torero. Yo hablaba continuamente de él sin decir quién era; me le figuraba como le había visto en los retratos, y decía que era alto, esbelto, moreno, muy gracioso y muy guapo... Y todas me creían, y todas me preguntaban por él, lo cual contribuyó no poco á robustecer mi chifladura.

Un día, en que me enteré por un periódico que mi adorado iba á torear en las ferias de la capital de mi provincia, á las cuales me había ofrecido mi padre llevarme, yo no sé lo que me pasó. Lloré, reí... ¡qué se yo!

Llegaron las fiestas y fuimos á, ellas, y mi papá, accediendo á mis deseos, me llevó á los toros.

No te puedo describir mi impresión al ver aquel hombre... ¡vestido de torero! Era como yo me le había figurado, como le deseaba.

en que nosotros estábamos. Le decía «queridísimo mío»; ya no recuerdo cuantas cosas. Me contestó, invitándome á que nos viésemos aquella noche, y yo, loca, loca siempre por él, fui á donde me decía... arriesgándolo todo.

Cuando le ví sintí que las fuerzas me abandonaban. Era como yo había soñado... y no supe lo que me pasaba.

El me cogió entre sus brazos, besándome apasionadamente sobre los labios. Yo me abandonaba, y él, experto en tales aventuras, supo muy bien explotar en su beneficio mi viciosa laxitud.

...Todo lo que siguió á este encuentro lo imaginarás tú, hombre mundano.

Después de la caída, aquel primer amante había de desaparecer. De los demás, ¿para qué hablarte? ¿Para qué hablar del infinito?

Y, tras una pausa, Rosarito me ofreció un nuevo cigarrillo.

Jacinto Carmin.



—¡Infame!, ahora me abandonas y me dejas... con esto.

—Harto hago que no te exijo que me lo devuelvas.

Aquella noche, procurando que mi padre no se enterase—figúrate tú el sigilo con que lo haría—le escribí una carta y se la envié al hotel en que se hospedaba con un criado del

Y, tras una pausa, Rosarito me ofreció un nuevo cigarrillo.

¡PRODIGIOSO! **ALEXGO** ¡MARAVILLOSO!

LA HOJA DE PARRA • REVISTA FESTIVA •

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes

NÚMERO SUELTO, CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
MÉNDEZ ALVARO, 2, PRIMERO



Apartado de Correos número 547
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL